

LIBRO DÉCIMO-SÉTIMO.

(CENTÉSIMO SEGUNDO.)

Pontificado de Leon XII.

CUANDO se reunió el Sacro Colegio, el cardenal Della Somaglia, decano, dijo que su predecesor Mattei le había transmitido diversos papeles con la orden de no abrirlos hasta después de la muerte de Pio VII en presencia de los cardenales reunidos (1). Rompió el sello del paquete, y encontró en él dos breves fechados en Fontainebleau. En el primero mandaba Pio VII á los cardenales se reuniesen inmediatamente bajo la presidencia del decano, y que derogando todas las constituciones anteriores, para no atender mas que al imperio de las circunstancias, eligiesen un Papa en el plazo mas breve á pluralidad de votos. En el segundo, que reproducía estas disposiciones, exigía Pio VII las dos terceras partes de votos para consumir la, eleccion conforme á la antigua costumbre. A su vez el prelado Mazio, secretario del Sacro Colegio, declaró que era depositario de un tercer breve, del que había sido redactor y único confidente por órdenes

(1) Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 571.

de Pio VII y bajo sigilo de confesion. Este breve, fechado en el mes de octubre de 1821, época en que el Romano Pontífice había fulminado la bula contra los carbonarios, disponía que se procediese á la eleccion tan luego como muriese Pio VII, por aclamacion si era posible, y por decirlo así sobre el cuerpo moribundo. Mandaba que esta eleccion se hiciese en secreto, sin esperar á los cardenales que se hallasen fuera de Roma, sin prevenir á los ministros acreditados cerca de la Santa Sede, sin informar á las córtes, sin ocuparse de los funerales antes de verificarse la eleccion. Pio VII en términos patéticos, que produjeron la mas viva sensacion, recomendaba á los cardenales la union, y recordándoles que casi todos eran hechura suya, decia que el reconocimiento, agregado al amor de la Religion y de la patria, debia asegurarle de su obediencia. Sin embargo, las circunstancias habian cambiado, y los cardenales no pensaron que fuesen aplicables á un tiempo de calma y de plena libertad unas órdenes emanadas de Pio VII bajo la influencia de la agitacion que las revoluciones de España, de Nápoles y del Piamonte habian causado en Italia.

En contestacion á la noticia de la muerte de Pio VII, Luis XVIII escribió á los cardenales: «Este fatal acontecimiento nos ha causado una viva afliccion: y la pena que sentimos, y que debemos mas particularmente á su memoria, hijos como somos primogénitos de la Iglesia, debe reputarse tanto mas sincera, cuanto es un homenaje rendido á las eminentes virtudes, á las luces superiores y al valor inalterable que el digno sucesor de San Pedro mostró siempre en medio de las grandes y numerosas adversidades que señalaron su pontificado. Jamás olvidaremos las obligaciones particulares que tenemos hácia él por la tierna solicitud con que Su Santidad se ocupó en todo lo que concernia al bien de la Iglesia de nuestro reino, y este recuerdo nos hace aun mas sensible su pérdida. Con todo, tenemos un gran motivo de consuelo en la esperanza de que Dios se dignará ayudarnos con sus inspiraciones al proceder á la eleccion que vais á hacer de un nuevo Pontífice. Por sucesor del que recordamos con sentimiento, nombrareis á una persona igualmente capaz de gobernar bien, y que dirija los negocios de la Iglesia con el espíritu de conciliacion, de justicia y seguridad que debe ser la principal herencia del Padre comun de los fieles. El destinado á desempeñar este ministerio, el mayor de todos á que Dios se digna llamar á los hombres, se halla entre vosotros.» El duque de Laval, embajador de Francia, añadió en su discurso: «El príncipe cristianísimo hace votos para que el Espíritu Santo os infunda sus luces, y os dirija hácia una eleccion que vuelva prontamente á la cristiandad el Padre de que se halla huérfana. Los tiempos y los pueblos quieren calma después de las tempestades. Piden un Papa, cuya prudencia sea estensa como el imperio de la Religion, y cuya caridad, vasta como el mundo, atraiga á los mas lejanos y mueva á los mas rebeldes; un Papa que preserve, que cure, que concilie.

B. del G., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

Quiera el cielo elegir en fin por vuestro conducto un digno heredero de los dos Pontífices, que después de una larga carrera han desaparecido con ese no sé qué de perfeccion que las desgracias añaden á las sublimes virtudes!»

La Francia y el Austria, que no están siempre de acuerdo en semejantes ocasiones, se reunieron ostensiblemente para determinar la eleccion del cardenal Castiglioni (1). Mas para que se entiendan mejor las operaciones del cónclave, recordaremos algunos pormenores antes de pasar adelante.

Sabido es que los Papas son elegidos por mayoría de dos terceras partes de votos, mas uno. El Sacro Colegio se compone, cuando está completo, de setenta cardenales: 1.º, seis llamados *Suburbicarios*, es decir, obispos de Veletri, Porto y Santa Rufina, Palestrina, Albano, Sabina y Frascati; 2.º, cincuenta cardenales presbíteros, entre los que se hallan obispos de todos países; 3.º, catorce cardenales diáconos, pero entre ellos muchos son presbíteros. Este número de setenta nunca está completo: hay alguna vez cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y siete, sesenta lo mas. Cuando se reúnen en cónclave, se da principio contando el número de los votos: después se procura encontrar dónde podrá estar la *inclusiva*, y cómo podrá formarse la *exclusiva*. La *inclusiva* comprende un número de cardenales, de entre los cuales se cree va á elegirse el Papa. La *exclusiva* comprende un número bastante grande de votos para que la *inclusiva* no pueda bastarse á sí misma y decidir la eleccion. Suponiendo que el cónclave se componga de sesenta cardenales, las dos terceras partes serán cuarenta, y si á estos se añade un voto mas, se ha formado la *inclusiva*, y en el

(1) *Dominicale*, t. 1, p. 201.

caso de que no pueda temerse la defección está seguro el nombramiento. La *esclusiva*, por oposicion, debe dirigirse á componerse al menos de la tercera parte que queda y de un voto mas, porque veinte y un votos impedirian á los otros treinta y nueve nombrar. Los cardenales italianos forman siempre el gérmen de la *inclusiva*, y segun su opinion, que parece fundada en razon, entre ellos debe encontrarse el Papa. Asi á las potencias no queda mas que organizar la *esclusiva*, llamando á sus cardenales nacionales y á los sometidos á su influencia, ó enteramente libres en la expresion de sus sentimientos.

Independientemente de estos cálculos, Francia, España y Austria tienen una pretension de *esclusion* aparte: es decir, que cuando los votos parecen dirigirse sobre un cardenal que no es agradable á una de estas córtes, cada una de ellas puede escluir á un candidato, pero nada mas que á uno. Una vez empleada la *esclusion* por una de las potencias, esta tiene obligacion de aceptar la eleccion que se hace despues, á no ser que otra córte dé otra *esclusion*; pero entonces esta *esclusion* versa alguna vez sobre un sujeto que las otras dos córtes no rechazan. Es raro que los motivos de repugnancia sean los mismos para las tres córtes; y aunque se las vea unidas, con frecuencia se hacen la guerra en la paz. Esta pretension de *esclusion* es disputada por la Santa Sede; mas no por eso se vió menos al cardenal Albani, embajador interior del Austria en el cónclave de 1823, ejercer este pretendido derecho en obsequio del cardenal Castiglioni, escluyendo al cardenal Severoli. Hé aqui cómo sucedió esto:

La Francia y el Austria, en el mismo campo, pero guardándose una y otra de su aliada, estaban como hemos dicho á favor del cardenal Castiglioni. El mayor número de los italianos se inclinaba al cardenal Severoli, á quien en 24 de setiembre dió el Austria la

esclusion, porque tuvo veinte y seis votos por la mañana, y porque habia motivo para creer que por la tarde la eleccion tendria el número suficiente, el cual, atendido el número de los cardenales presentes, era de treinta y cuatro, formando las dos terceras partes mas uno.

Desde el 24 de setiembre al 28, otros gefes de los italianos opuestos á las potencias gobernaron la eleccion.

El cardenal Castiglioni no habia desmerecido de nadie; pero el favor de los extranjeros, mal apreciado al parecer, le perjudicó. La *inclusiva* usó de destreza.

Aunque ella hubiese acordado una eleccion indicada por el cardenal escluido, á quien habia deferido noblemente el derecho de nombrar al cardenal que le reemplazase (y habia nombrado al cardenal Annibal della Genga), esta *inclusiva* no dió, el 27 de diciembre, á la Genga mas que doce votos por la mañana y trece por la tarde. La *esclusiva* durmió en paz; pero la *inclusiva* no se entregó al mismo reposo. Trabajó por la noche, reunió treinta y tres votos, solicitó el del cardenal Clermont-Tonnerre, que se separó de la *esclusiva*, y obtuvo al dia siguiente, de improviso, treinta y cuatro votos (1). El de Clermont-Tonnerre, inútil para la eleccion, habia sido buscado con insistencia, porque se

(1) Hubo un momento en que pudo creerse que el partido Della Genga experimentaria el obstáculo de haber sido adivinado y correria el riesgo de una *esclusion*. El conclave de un cardenal de la *inclusiva*, cometió la indiscrecion de decir al *dapifero* de su cardenal (el gentil-hombre encargado de llevar la comida de este cardenal), que le pedia algunas noticias seguras: *State zitto: Proximus urbi Annibal*. Referidas estas palabras en una reunion el 27 por la noche, antes que se completase y regularizase la eleccion, una persona iniciada en esta especie de confidencias chistosas y enigmáticas de los romanos, enlazando la palabra *Urbs*, que quiere decir Roma en latin, con la de Annibal, nombre del cardenal Della Genga, adivinó facilmente que al dia siguiente seria elegido este cardenal, como así sucedió.

queria probar que la Francia no daba *esclusion* á la eleccion proyectada (1).

Debilitada la *esclusiva* por un voto, sin saberlo, por la privacion de un voto francés, guardó ocho fieles al cardenal Castiglioni. No eran absolutamente opuestos al candidato de la *inclusiva*, prelado de un mérito eminente; pero, aunque compuestos de diversos elementos, de un cardenal francés (La Fare) y de partidarios austriacos, obraban por ese sentimiento de constancia que es de regla absoluta cuando se ha prometido libremente. Consalvi era uno de los que daban su sufragio al cardenal Castiglioni, cuya derrota se explica por el brillo de la proteccion demasiado ruidosa de la Francia y del Austria. El antiguo ministro de Pio VII y los cardenales de su opinion no cesaron, hasta el último momento, de sostener á su candidato, de manera que la eleccion no fué unánime, contra la costumbre. En efecto, la unanimidad tiene siempre lugar, aun despues de largos debates, y nadie quiere permanecer en la disidencia cuando un nombramiento parece seguro.

No habian trascurrido mas que cuarenta dias desde la muerte de Pio VII, y veinte y seis desde la apertura del cónclave, cuando cesó la viudez de la Iglesia. Reunidos los cardenales el domingo 28 de setiembre, en la capilla Paulina del palacio Quirinal, despues de haber implorado las luces del Espíritu Santo, procedieron al escrutinio acostumbrado, y comprobadas las boletas con las condiciones requeridas, ofrecieron por resultado la eleccion canónica de Annibal della Genga, carde-

nal del título de Santa Maria de allende el Tiber.

Annibal Francisco Clemente Melchor Gerónimo Nicolás della Genga, descendiente de una noble familia que habia debido una parte de su elevacion á Leon XI, Octaviano de Médicis, muerto en 1605, al cabo de veinte y cinco dias solamente de pontificado, nació en el castillo de Genga, en el territorio de Spoleto, el 22 de agosto de 1760. Su padre, Hilario, conde della Genga, y Maria Luisa Periberti de Fabriano, su madre, tuvieron diez hijos, Mario, Antonio, Asdrubal, Felipe, Atanasio, Annibal, Catalina, Esteban, Matilde y Flavio. A la edad de trece años fué Annibal colocado en el colegio Campana de Osimo. A los diez y ocho pasó al colegio Picensino de Roma, despues á la academia eclesiástica. Pio VI al visitar la academia, le observó, y satisfecho de sus respuestas, le designó en el mismo acto para que fuese camarero secreto. El 14 de junio de 1783, Annibal fué ordenado sacerdote por el cardenal Gerdil, con dispensa de edad. Encargado en 1790 de pronunciar en la capilla Sixtina en presencia del Papa y del Sacro Colegio la oracion fúnebre del emperador José II, trató con tacto este difícil asunto. En 1792, se encontraba á la vez canónigo de San Pedro y secretario de Pio VI, quien se sonreia con sus dichos agudos. Promovido en el siguiente año al arzobispado de Tiro *in part. inf.*, fué consagrado por el cardenal duque de York y enviado con el carácter de nuncio á Colonia, donde sucedió al célebre Pacca. En el pontificado de Pio VII, despues de las secularizaciones é invasiones de 1803, fué acreditado como nuncio extraordinario en la Dieta de Ratisbona, para proveer á las necesidades de las iglesias de Alemania; pero su celo y talentos no pudieron triunfar de la dificultad de las circunstancias. Bonaparte, que quiso en cierto momento se nombrase á Bernier por sucesor,

(1) Artaud, *Hist. del Papa Leon XII*, t. 1, p. 65 (a).

(a) Habiendo publicado años atrás en la *Biblioteca de el CAROLINO*, en cuya redaccion se vende á 20 reales en rústica, la traduccion de esta *Historia de Leon XII*, á ella nos referiremos en las citas que de ella hace el Henrion. (N. del E.)

concluyó mandándole abandonar el país. Concurrió en el año de 1808 en París á las negociaciones de los cardenales Caprara y Bayanne. Despues del rompimiento de las conferencias volvió á Italia, donde fué testigo de la persecucion suscitada contra el Romano Pontífice, y se retiró á la parroquia abacial de Monticelli, en la diócesis de Fabriano, de la que Pio VII le habia provisto perpétuamente. En la época de la restauracion Pio VII le encargó fuese á cumplimentar á Luis XVIII, y el cardenal Consalvi, que vió con disgusto su mision, le trató con dureza en París. En 1816 Della Genga fué el primer cardenal de la numerosa promocion de 8 de marzo. Nombrado mas tarde obispo de Sinigaglia, jamás pudo ir á residir allí. En 1820 sucedió al cardenal Litta en la administracion espiritual de Roma, es decir, en las funciones de cardenal vicario, que no se confian ordinariamente mas que á los cardenales que hacen una profesion particular de piedad. Era además arcipreste de Santa María la Mayor y prefecto de las congregaciones de la residencia de los obispos, de la inmunidad eclesiástica y de lo espiritual del colegio y del seminario romano.

Elegido Gefe de la Iglesia universal, fué requerido inmediatamente por el cardenal decano, Della Somaglia, para que declarase si aceptaba esta suprema dignidad. Della Genga, derramando lágrimas le recordó que, en una entrevista, habia levantado su vestido para mostrarles sus piernas hinchadas. «No insistais, habia dicho, en elegir un cadáver.» Las felicitaciones y animaciones le interrumpieron (1). Annibal se sometió á la voluntad divina, y anunció que tomaba el nombre de Leon XII en recuerdo de Leon XI, protector de su familia.

Leon XII dirigió al cardenal Castiglioni;

(1) Artaud, *Hist. del Papa Leon XII*, t. 1, p. 69.

palabras llenas de atencion, que respiraban una especie de dolor por haber sido preferido á él. El Pontífice añadió que era desgraciado porque no se habia seguido el consejo de Pio VII; y además que hallándose agoviado el nuevo Papa por las enfermedades, y debiendo vivir poco tiempo, el cardenal Castiglioni seria indudablemente su sucesor. Della Somaglia, aunque adicto suyo en el momento de la eleccion, le habia sido quizás mas contrario que favorable: cuando este cardenal hizo su obediencia, el nuevo Papa le dijo en voz baja: «Vuestra Eminencia nos servirá en cualidad de secretario de Estado.» Este acto de Leon XII fué admirable (1). En el primer momento vencer una repugnancia apenas apagada, es un esfuerzo del alma que no pertenece á los hombres ordinarios.

Reinaba en Roma una especie de preocupacion respecto á la suerte del tesorero general Cristaldi. Este prelado, que llevaba con mano firme las llaves del tesoro, tenia por principio que, sin un rigor quizás exagerado, atendida la naturaleza de un gobierno como el de Roma, donde la soberania se confiere por los cardenales reconocidos de derecho electores, se les veria á todos ir imprudentemente á sacar fondos del tesoro (2). Inflamado con este celo el Sully romano se atrevió á resistir aun violentamente al cardenal vicario, quien no pedia sin embargo mas que un simple acto de justicia para un acreedor tratado con una especie de parcialidad. El altercado tuvo un carácter tan vivo, que se pensaba generalmente que si los votos de una mayoría llamaban al trono á Della Genga, el tesorero perderia inmediatamente su empleo. La autoridad y poder adquiridos ahora por el ofendido aumentaban aun la intensidad del insulto;

(1) Artaud, *Hist. del Papa Leon XII*, p. 70.

(2) *Ibid.*, t. 22, p. 74.

al mepos, todos los aduladores lo decian asi. Era difícil que el ofendido no lo recordase. Lo recordaba en efecto; pero la constante integridad del funcionario, sus miras rectas, religiosas y sábias, su guarda asidua á las puertas del tesoro, sobre todo esa máxima de severidad para todas las exigencias, que si alguna vez pueden ser justas, tambien pueden con frecuencia no serlo, un tono de libertad, de seguridad, de franqueza que sienta bien á todos los hombres honrados; estas mil consideraciones no tardaron en despertar en el Papa otros sentimientos. Lo que distinguia eminentemente á Leon XII era el amor del bien público, y encontraba un digno defensor de este bien en el tesorero, que habia podido no temer á un individuo del Sacro Colegio. El Papa declaró francamente que le parecia evidente que en la cuestion el cardenal Della Genga era quien habia faltado, espuso minuciosamente estas faltas, las aumentó quizás, y el prelado Cristaldi conservó su empleo.

Lo que principalmente se deseaba saber era cuál seria la disposicion definitiva del Soberano Pontífice acerca del ministro que habia dirigido tanto tiempo los negocios (1). En una de las misas solemnes celebradas en San Pedro, Consalvi ejercia las funciones de cardenal diácono, encargado de llevar el cáliz al Papa. Mas de un extranjero que asistió con un objeto profano se prometia espiar los movimientos de ambos. Algunos protestantes presentes á la ceremonia, parecieron procarar descubrir en los semblantes del Pontífice y del antiguo ministro algunas señales de emocion; por la una parte el recuerdo humano de tantos esfuerzos de la oposicion para favorecer poco antes otra eleccion, y por la otra quizás el júbilo del triunfo. Pero el rostro del

Papa, estaba tranquilo y benévolo; el del cardenal, satisfecho y sumiso; ambos estaban absortos al mismo tiempo en la grandeza del misterio sagrado.

«No se tardó en saber, dice el caballero Artaud (1), que el reconocimiento de Leon XII bácia el cardenal Severoli no se ocupaba mas que en encontrar ocasiones de manifestarse. Todos estaban conformes en decir que su palacio era el canal de los favores y gracias; pero, como siempre, las exigencias llegan alguna vez á resfriar la efusion de la gratitud mas fervorosa. Sin embargo, Leon XII no fué ingrato ni un solo dia, hasta el momento de la muerte de Severoli, quien sobrevivió poco tiempo á su derrota y al animoso desquite que se habia tomado en su nombre. Leon XII se entregará desde luego á los amigos; acogerá su votos con fervor; pero poco á poco se ilustrará, y conservando la mayor parte de las disposiciones con que ha ascendido al trono Pontificio, dejará obrar el curso de la naturaleza, el efecto de recompensas absolutamente suficientes; no renunciará á la práctica sincera de las grandes y nobles virtudes; contraerá amistades nuevas y estrechas; estas amistades, en el sentido de los intereses que van á surgir, vendrán en socorro del Pontífice: no será culpable de ingratitud, y merecerá la gloria de tener el timon con mano firme en medio de borrascas, y de cumplir honrosamente con su deber, sin haberlas imprudentemente provocado.» Asi habia consentido al principio en el establecimiento de una congregacion cardenaticia formada de individuos de los tres órdenes y que aspiraba á gobernar con el nombre de congregacion de Estado. Pero Leon XII vió ofendida su dignidad; Della Somaglia, comprometido su poder; y el Papa no

(1) Artaud, *Hist. del Papa Leon XII*, t. 1, p. 77.

(1) Artaud, *Hist. del Papa Leon XII*, t. 1, p. 85 y 104.

tardó en declarar que no era mas que una asamblea consultiva, que sus sesiones no serian periódicas; que en todo caso los negocios importantes serian previamente examinados y presentados por el secretario de Estado. Un edicto de la secretaría, de 4 de octubre, y que anunciaba los sentimientos paternales del Soberano hacia sus súbditos, disminuyó considerablemente los impuestos, desde 1.º de enero del siguiente año (1). Leon XII se proponia suplir con una grande economía la disminucion de las rentas públicas. Se acogieron con transportes de júbilo estas medidas que hicieron fuese alabado el nombre del Papa por todas las clases. Los sentimientos del pueblo se expresaron muy bien en estos versos:

Urbum olim clamor compleverat: Hannibal ante
Portas! ac eheu! territa Roma fuit;
Ecce novi insurgunt clamores: Hannibal intra
Portas! et mirum! gaudia Roma capit.

Segun una costumbre establecida desde san Silvestre, la coronacion del Papa se efectúa el domingo siguiente á su eleccion (2). La de Leon XII se efectuó el domingo 5 de octubre: ceremonia imponente, durante la cual el siervo de los siervos de Dios es advertido de la nada de las grandezas, aun en medio de su mas brillante aparato. Por tres veces se quemaron estopas delante del Papa, diciéndole en alta voz: *Pater sancte, sic transit gloria mundi.*

El alivio de los pobres fué uno de los primeros cuidados que ocuparon el corazon de este humilde y caritativo Pontífice. Restableció una antigua costumbre, introducida por san Gregorio Magno, y quiso que todos los dias se diese de comer en su palacio á doce pobres (3). El prelado Filonardi, arzobispo de

(1) *Amigo de la Religión*, t. 37, p. 343. (1)
(2) *Ib.* t. 37, p. 342.
(3) *Ib.* p., 404.

Atenas y limosnero de Leon XII, recibió la orden de cuidar que así se hiciese. A falta de peregrinos eran doce convalecientes muy restablecidos, que se iban á buscar á los hospitales. «Con semejante Papa, decian estos, todos los dias son para nosotros Jueves Santo.» El mismo dia de su coronacion, despues de una larga y fatigosa ceremonia, el santo Padre, apenas volvió á entrar en el Quirinal, en lugar de disfrutar el reposo que necesitaba, fué á sorprender á sus pobres, bendijo su mesa, y él mismo les sirvió con palabras llenas de bondad, proponiéndose renovar con frecuencia este acto de caridad. El 17 de octubre el vigilante Pontífice visitó repentinamente el hospicio establecido en las Termas de Diocleciano, recorrió los dormitorios y las demas salas comunes; se informó acerca del alimento y vestidos, y se cercioró de que nada faltaba á una clase, que miraba como una preciosa porcion de su rebaño, y á la que creia deber mostrar tanta mayor solicitud, cuanto que esta porcion era mas desgraciada y abandonada.

Informado Luis XVIII de la exaltacion de Leon XII, le escribió en 14 de octubre: «Mis mas vivos deseos se hallan cumplidos con este feliz acontecimiento. Conociendo las eminentes virtudes y superiores luces de Vuestra Santidad, abrigo la mas íntima conviccion de que el gobierno de la Iglesia se dirigirá por ella con el espíritu de justicia, de moderacion y de caridad, que caracterizan al Padre comun de los fieles. Vuestra Santidad juzgará sin duda que estos sentimientos, que están en su corazon, son el medio mas seguro de aumentar el bien de nuestra santa Religion, de perpetuar el honor de la Santa Sede, y de contribuir esencialmente á la tranquilidad y felicidad del mundo entero. Animado de las mismas intenciones que los reyes mis predecesores, me complazco en declarar á Vuestra Santidad que, en mi cualidad de hijo primogénito de la Iglesia, miro como un deber la justificacion de este

título glorioso que he recibido con la corona, empleando el poder, que la divina Providencia me ha confiado, en secundar cuanto me sea posible las piadosas intenciones que dirigirán á Vuestra Santidad en los cuidados de su gobierno.»

La noticia de la libertad del rey de España llegó á Roma el 16 de octubre. Leon XII tomó una viva parte en este acontecimiento y en la gloria de las armas francesas (4). Elevado á la Santa Sede en el momento en que Fernando VII veia romper sus cadenas, quiso manifestar de una manera ostensible el júbilo que sentia por una victoria tan ventajosa á la Iglesia, á la felicidad de España y al reposo de Europa. Aunque todavia no habia tomado posesion de la iglesia de San Juan de Letran, de la que es primer canónigo el rey de Francia, fué á ella el 19 de octubre á dar á Dios solemnes acciones de gracias, admitiendo en su carruaje á los cardenales de Clermont-Tonnerre y á Bardaji de Azara, en quienes por una atencion delicada honraba así á dos grandes naciones. A las felicitaciones que Leon XII dirigió á Luis XVIII, este príncipe respondió en 1.º de noviembre: «La divina Providencia ha protegido visiblemente la causa de los reyes, coronando mis esfuerzos en esta empresa. A ella, pues, debemos dirigir nuestras acciones de gracias por beneficios tan distinguidos, y que han concurrido igualmente á mantener la legitimidad de los tronos y el bien de nuestra santa Religion en la Península. Formo, como Vuestra Santidad, los mas servientes votos para que la justicia y la moderacion garanticen para siempre la España de la vuelta de las desgracias y excesos que tan cruelmente la han afligido. Esperamos que Dios oirá estos votos, y que conservará su obra, asegurando el reposo y felicidad de la

Europa entera. No puedo terminar esta carta sin hacer conocer á Vuestra Santidad cuán conmovido estoy por los sentimientos que me espresa hácia mi familia, y en particular hácia el duque de Angulema. Este digno hijo de mi eleccion ha justificado toda mi confianza, y si ha merecido los elogios de Vuestra Santidad y los míos, es por haberse conducido con prudencia y como guerrero cristiano en el mando de mis ejércitos en España.»

Desde el seno de la ciudad eterna el cardenal de Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, acababa de dirigir á su rebaño una carta pastoral fechada el 15 de octubre é impresa en Roma con aprobacion (4). Cottret, conclavista del cardenal, y que murió siendo obispo de Beauvais, no negaba la parte que habia tomado en la redaccion de este documento, que fué mostrado al Papa y á algunos de sus consejeros.

«En el centro de la unidad católica, decia Clermont-Tonnerre, en esta ciudad regada con la sangre de tantos mártires; en medio de estos preciosos monumentos que desplagan á nuestros ojos toda la magestad de la Religion; en el seno del Sacro Colegio, rodeado de las luces y virtudes de este ilustre senado: en esta capilla santa, en presencia de las reverenciadas imágenes de los doce Apóstoles; cerca del trono vacante que nos anunciaba á la vez el luto y las necesidades de la Iglesia; finalmente, en el cónclave reunido para la eleccion de un nuevo Pontífice, hemos pesado... en la balanza del santuario... el deseo que tenemos de poner en vigor medidas de administracion no menos necesarias que importantes para el clero y para los fieles de nuestra diócesis.»

«Queremos, carísimos hermanos, en cuanto nos sea posible, establecer en ella la dis-

(1) *Amigo de la Religión*, t. 37, p. 390.

(1) *Amigo de la Religión*, t. 38, p. 273.